

Julia Lespinasse, al volver de su larga congoja, pareció tranquila hasta el punto de que la fiel Páula se engañó acerca de su estado.

No obstante, el que hubiera visto la palidez que cubría el rostro de la desgraciada, hubiera comprendido que algún resorte de su vida se había roto con el choque violento que había sentido.

Y así era; Julia no podía resistir á aquel último y formidable dolor, después de tantos dolores sufridos.

No bien le fué posible hacerlo, escribió á Ernesto, diciéndole que sabía su casamiento.

«Os hubiera perdonado todo, ménos el engaño, decía: ¿qué os había hecho para martirizarme con tanta crueldad? Pero el cielo me vengará, y mi sombra doliente se interpondrá en todas vuestras dichas.

»Sed dichoso, y haced feliz al ángel que os ha dado el cielo por compañera; ¡ah! ¡Si ella hubiera sabido que yo os amaba, nunca hubiera sido vuestra! Pero su madre, siempre ambiciosa, se lo ha ocultado, atenta sólo á conseguir vuestra alianza, que ella cree

brillante bajo el punto de vista de la fortuna, y que, sin embargo, no lo es.»

Por una terquedad extraña, Ernesto Guibert no quiso romper, ni áun despues de casado, aquella correspondencia que le encantaba.

«Lo que el amor de Mr. Guibert—dice uno de nuestros escritores—hizo sufrir á la señorita de Lespinasse, seria increíble si sus cartas no nos diesen un brillante testimonio de ello; sufrió alternativamente el desdén, la frialdad, y hasta el casamiento de aquel hombre, quien, para recibir las admirables cartas que ella le dirigia y que halagaban su vanidad, arrastraba por el fango de una ruptura diferida aquel amor exaltador.»

Ernesto contestó tiernamente á la carta de la señorita Lespinasse, haciéndole ver que un compromiso anterior le habia obligado á casarse con María, pero que su corazon era siempre de Julia.

Poco despues recibio ésta una carta de la Presidenta en la que se quejaba del lazo en que habia caido respecto del esposo de su hija, el cual la habia engañado acerca del estado de su fortuna.

Julia puso entónces en juego todas sus relaciones; habló á las personas más influyentes de París, y Ernesto Guibert fué agraciado con dos pingües pensiones y un honorífico cargo público.

Ernesto fué á París con su esposa, para disfrutar de los beneficios de Julia; pero manifestó por ella

tal despego é indiferencia y tan negra ingratitud, que la desgraciada comprendió toda la maldad, toda la falsía, toda la venalidad del corazon de aquel hombre.

Los gérmenes de una enfermedad mortal existian en ella, y los últimos desengaños la desarrollaron hasta un punto tan doloroso, que sus más íntimos amigos empezaron á temer por su vida.

D' Alembert fué uno de los primeros que corrieron á su lado: halló á Julia vestida de negro, recostada en un canapé, y tan pálida y débil, que parecia la sombra de sí misma.

Ya sus nobles y expresivas facciones llevaban estampada la huella de la muerte; ya sus negros ojos tenian una inclinacion hácia el cielo, como si mirasen más allá de este mundo; ya su sonrisa parecia pintar las tristezas de la separacion de la tierra y la aspereza de una vida mejor.

—¡Cómo os vuelvo á ver! exclamó D' Alembert contemplando á la señorita Lespinasse: ¡Cuánto más dichosa érais cuando vivíais á mí lado! ¿Por qué no me amásteis lo bastante para haber sido mi esposa?

Nadie puede evitar su suerte, amigo mio, respondió Julia alargando al filósofo su enflaquecida mano; yo tengo esa creencia, y quizá me ha conducido á ella la atmósfera antireligiosa en que he vivido siempre; he sido muy infeliz desde que me separé de vos; y acaso lo que he sufrido es un justo desagravio de la ingratitud con que pagué vuestro

generoso amor; ¡pero qué amargamente he vivido durante muchos años! ¡Ah, si lo supiérais, me compadeceríais!

—Lo sé, repuso D' Alembert; os conozco y sé hasta qué punto sois capaz de amar; ¡ah, mi pobre Julia, ¡qué triste suerte os ha cabido al nacer!

—Sí, muy triste, repuso la señorita de Lespinasse; sin padres, educada sólo por la ternura de la desgraciada mujer que me dió el sér; rechazada por toda mi familia, y sin haber conocido el verdadero amor, mi vida ha sido una cadena no interrumpida de dolores; cuando he tenido la felicidad cerca, mi razon la ha rechazado, y cuando ha estado léjos de mí, mi corazon la ha llamado en vano; hoy la tumba abierta me reclama, y pronto me dará un asilo.

—¡Olvidad á ese hombre ingrato, exclamó D' Alembert; olvidadle; no os merece, ni es digno de que le consagreis una sola de vuestras lágrimas!

—¡Ojalá pudiera, suspiró Julia, ojalá pudiera olvidarle, y llegar al fin de mi vida con el corazon vacío de todo amor! Yo necesito el descanso despues de tantas tempestades; pero no lo lograré en la tierra, y tengo que ir á buscarlo en el sepulcro.

D' Alembert dejó caer algunas lágrimas sobre la mano de Julia que tenia entre las suyas.

—Cuando yo haya muerto, dijo ésta, consagrad á mi memoria un débil, pero público homenaje de afecto; es lo más que podeis hacer por mí.

—¡Si! exclamó D' Alembert; ¡lo tendreis! ¡Vuestro recuerdo me acompañará miéntras viva y me seguirá á ese mundo mejor donde espero hallaros; esperemos, Julia! ¡Yo os amo aún, yo siento tanto perderos, que, por volveros á hallar, quiero creer... y creo! ¡Refugiémonos en los horizontes de la fé!

Julia respondió con una inefable sonrisa y quedó pensativa.

D' Alembert la contempló, con amor y tristeza, inmóvil y mudo durante algunos instantes; de repente vió que los ojos de Julia se iluminaban espléndidamente, y que sus facciones perdian su tension, y que su frente, cargada de las tempestades del dolor, adquiria una celestial serenidad; dos lágrimas brotaron de sus hermosos ojos, y se deslizaron por sus pálidas mejillas; y volviéndose hácia Páula, que se hallaba á pocos pasos de distancia, le dijo con voz dulce:

—¡Vé á buscar á un sacerdote!

La Presidenta y su hija fueron á ver á la pobre Julia, ántes de que ésta dejase el mundo en que tan poco dichosa habia sido.

María lloró amargamente apoyada en el pecho de su amiga; la pobre niña veia ya demasiado claro, y era la primera en culpar á su marido del horrible crimen de ingratitud y de una odiosa sequedad de corazon.

Una carta de Julia que Ernesto se habia dejado

sobre la mesa de su cuarto; una de aquellas admirables cartas que encerraban un mundo de sensibilidad y de ternura, la habia puesto al corriente de todo.

—¡Perdonadme! exclamó arrodillándose delante de Julia, ¡perdonadme, mi querida, mi infeliz amiga! ¡Yo no sabia el inmenso mal que os causaba, y aún así no puedo perdonarme á mí misma.

—Sólo deseo vuestra dicha, mi amada María, dijo Julia; sed dichosa con Ernesto, y no me lloreis; soy más dichosa muriendo, que viviendo en este mundo de dolor.

Julia vivió aún algunos dias, que fueron los más dichosos de su vida, pues los pasó entregada á las dulzuras de la religion; en aquella fuente inagotable de consuelo, fué donde halló la fortaleza que su alma abatida necesitaba.

Su vida se fué apagando poco á poco como una lámpara falta de alimento; pero el hombre ingrato, causa de su muerte, no fué ni una sola vez á verla, ni á darle el más leve consuelo.

Julia no le llamó tampoco; la imágen de aquel hombre estaba en el fondo de su alma, y, sólo con cerrar los ojos, la veía, no como era, sino embellecida con el prestigio de su amor.

Llegó un dia en que, falta de fuerzas, la desgraciada Julia se postró en el lecho; una fatiga mortal la agobiaba y sofocaba su respiracion; pálida é inmóvil,

con la cabeza sostenida en dos magnificas almohadas, recibió allí los últimos testimonios de afecto de sus amigos, que se agruparon al rededor del lecho mortuario.

Llegaba entonces Julia Lespinasse á los cuarenta y cuatro años de edad; mas á pesar de las pasiones que habian agitado su vida, el alma inmortal se reflejaba en sus facciones prestándoles destellos de vida y juventud: aquella sensibilidad exquisita, aquella ternura llena de abnegacion, aquella lealtad generosa, todas las bellas cualidades que formaban el conjunto de su carácter, no podian dejar en pós de sí un sello vulgar, sino uno tan sublime, que no podia ser borrado, ni aún por la misma mano de la muerte.

En una noche de estío, alumbrada por una clara y bella luna, Julia quiso dejar su lecho para morir; hizo acercar un ancho sillón á una ventana que daba á un jardín, y apoyada en el brazo de su fiel Paula, llegó hasta él con paso lento y fatigoso.

Una vez sentada, volvió hácia la luna sus fatigados ojos, y pareció buscar allí el supremo consuelo; sus lábios se movian dulcemente; poco á poco sus facciones tomaron una expresion radiosa; unió las manos, y dijo con voz inspirada y dulce:

—¡Recíbeme, Señor, en las mansiones de eterna luz! ¡Disipa las sombras de mi alma, y acójeme en tu seno!

Con estas palabras salió su último suspiro.

D'Alembert cumplió su palabra, según le había ofrecido, y publicó dos opúsculos titulados: *A los manes de Julia*, y *En el sepulcro de la señorita Lespinasse*.

FIN DE JULIA LEONOR DE LESPINASSE.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Santa Adelaida, Emperatriz de Alemania.	9
Julia Leonor de Lespinasse.....	451

